

Yo estoy loco por tí, como aquel escultor que enloqueció de poseer una obra maestra.

Tú eres como una santa adorada, tan hermosa que no se atreve uno á decirle su adoración. Tú eres el hada de los encantos, el hada de la infinita dulzura.

Yo quiero extraviar mis labios á través de tu cuerpo. Quiero besar tu boca sin cesar, sentir siempre tu cuerpo enlazado al mío.

¿Quieres, Marta? Iremos los dos, eternos amantes, á nuestro ensueño. ¿Quieres tú?

Y la voz de Marta, murmuró, apagada, como temerosa repentinamente del mañana :

— Sí, á nuestro ensueño.

Luego, por una vaga asociación de ideas, declamó, imitando un poco á la célebre trágica, Dinah Samuel, estos versos de una obra de Roberto Antoc, que habían visto la víspera :

Tuya soy, ó mi ensueño; ideal caballero.
De mi largo camino, se tú el fiel compañero

VI

Diez días después, se unían ante Dios los rubios amantes, en el vetusto templo de la Isla, en la capilla de San Juan, oscura á pesar del brillo de sus dorados, sin más testigos que los precisos para la celebración de las nupcias. Se casaron como se habían amado, en la dicha de su intimidad que no permitían turbar al mal querer y á la indiferencia del mundo. Para ellos solos tañeron las viejas campanas bajo el calado chapitel.

Nada cambió en su vida ordinaria : la íntima solemnidad de la ceremonia estrechó aún más su unión. Como antes, fueron juntos cada tarde, adonde llamaba á Dayel su ocupación.

Cuando nada los obligaba á asistir á algún espectáculo, huían gozosos, como en los primeros meses de su cariño, á través de los campos que rodean á la gran ciudad, haciendo escapadas de jóvenes amantes, enamorados del verdor, de las lánguidas

tardes de verano, al borde de los floridos ríos, á la hora en que la claridad desfallece en agonía policroma, en el azul, la púrpura, el oro y la plata de los suntuosos crepúsculos en que mueren los cálidos días.

Otras veces se contentaban con vagar por las calles, animadas por la alegría de libertad que sigue á los trabajos del día, ó á lo largo del río, cuando el mercado de flores ostenta su esplendidez, exhala sus perfumes, que impregnan el aliento de París.

Á última hora, les gustaba ver á las floristas, afanadas en vender sus últimos ramos, temerosas de que se marchitaran y perdieran si se quedaban con ellos. Era uno de sus placeres, ver en los puestos aquel desorden de rosas, tulipas, dalias, de retorcidas enredaderas enlazadas á sus rígidos rodrigones, entre los carros del Marais, cargados con canastillos de pensamientos, morados y blancos, rosa ó crema, amarillos ó de un oscuro aterciopelado.

Gladiolos y lirios, en haces, erguían sus corolas matizadas de verde pálido, entre los desnudos brazos de los jardineros en mangas de camisa. Á veces una joven, con abrigo azul ó negro, permanecía en el cordón de la acera, cargado el regazo de ramilletes, rodeada de plantas que iba haciendo pasar á otras manos, mezclando, como heroína

de una leyenda de primavera, el oro de sus cabellos á los vivos matices de los pétalos en una espléndida sinfonía de color, entre el perfume de las corolas.

Así vivían Marta y Juan su tranquila felicidad, cada día renovada, sin cansancio. Cada día se sentía el artista más unido á su rubia adorada, tan dulce y cariñosa, que le ayudaba á sobrellevar las pasajeras decepciones, le confortaba en las tristezas de los días nefastos, esos días en que el destino parece rebelarse hasta contra los más felices, contra los que creen haber vencido al porvenir.

Ella sabía reducirle al trabajo, y despertaba en él la fiebre de inspiración de sus mejores momentos. Su marido le había enseñado la música y ella cantaba ya, acompañándose al piano, con una voz pura y lozana.

Entre otras cosas de Dayel, le gustaban con delirio, las baladas regionales francesas, cuya melancolía la encantaba, y cuya picarésca gracia la hacía reír hasta saltársele las lágrimas, encendida como una grana.

En ese género exquisito y arcaico había Juan compuesto (letra y música) una *ronda* de amor y de primavera, algo modificada, modernizada en su forma, una canción de esperanza, que Marta amaba con especial cariño, y que llamaba :

La canción del pájaro bello.

Canta, pájaro bello,
Canta en el bosque y dentro de mí.

Mi amigo está en la guerra — sirviendo al Rey.
— Yo le dí por bandera — mi corazón y mi fe.

Canta, pájaro bello, — canta en el bosque y dentro de mí. — Mañana por doquiera — habrá fiesta en el país.

Ofrecióme galante — antes de partir — tres hojas de yedra — y una rama de muérdago.

Canta, pájaro bello, — canta en el bosque y dentro de mí. — Las lilas están de fiesta — embalsamando el país.

Me dijo, cuando de otra primavera — los setos florecían, — á la Haya es fuerza que parta — que parta en seguida.

Canta, pájaro bello, — canta en el bosque y dentro de mí. — Mañana, compañeros, es día — de conquista en el país.

Conserva el muérdago, — conserva bien mi yedra ; — conserva la blanca rosa — de tu corazón en pena.

Canta, pájaro bello, — canta en el bosque y dentro de mí. — ¡ Ojo los gallos, que tienen cresta ! — ¡ Guay de la moza, que, descuidada, se eche á dormir !

Cuida no te deshojen, — querida flor ; — que á la vuelta puedan gustar mis labios — el fruto del amor.

Canta, pájaro bello, — canta en el bosque y dentro de mí. — ¡ Que esté apercebido el lecho — cuando tu amigo vuelva á tí !

Según iba Dayel conociendo más á Marta, la sentía más cerca de sí, la quería tanto más cuanto que ella sabía dar constante variedad á sus encantos. Sí, era siempre la misma y cada día nueva, alternativamente dulce y apasionada, coqueta para él solo, ó deliciosamente perversa á sus horas, para reaparecer ingenua sin necedad ni presunción.

Excelente mujer de su casa, se entregaba á sus tareas sin perder la elegancia necesaria á la vida de la ilusión ; tenía el arte de ocultar, á los ojos del amante, sus pequeñas miserias y sus achaques de mujer, no mostrándole sino su belleza.

Respetuosa para el trabajo de su marido, sabía enmudecer su compañía, de suerte que él sintiera junto á sí el espíritu de la amada abstraído de toda presencia corporal que pudiera distraerle.

Ocurrió una alegre nueva que acreció su mutuo afecto ; nació una niña, á quien Juan quiso poner Marta, como su madre, de la que tenía los rubios cabellos, y los grandes ojos claros.

Y entró en una nueva fase su amor, personifi-

cado en aquella balbuciente criatura, para la cual quisieron ambos preparar, edificar un palacio de felicidad y de cariño aumentado por ella y para ella.

VII

Marta y Dayel, que acababan de comer con unos amigos, estaban acodados en una ventana del café de la Paz, sobre la plaza de la Ópera. La grácil rubia se distraía en contemplar las incesantes oleadas de gentío que llenaba el ámbito, de pueblo impaciente, en expectativa de un espectáculo que tardaba en venir. La Mitad-de-Cuarema resucitaba momentáneamente el Carnaval difunto.

¿Era alegría aquella pasajera barahunda llena de las exclamaciones y de carcajadas de hombres que aventuraban sus manos entre las huecas ropas femeninas, sin atender á las indignaciones sinceras ó fingidas de las mujeres víctimas de aquella pública violación? Los árboles, flamulados de artificiales y policromas cabelleras, dominaban el endomingado y bullanguero gentío, como graves señores, indulgentes y dignos en medio de una